

**S**i he de ser sincero, Carlota es la mujer que más ha influido en mi vida últimamente. Y no sólo en la mía, sino en las de unas cuantas personas más de mi entorno, como ya verán.

Pero lo más extraño del asunto ha sido que todo ha ocurrido sin que ella se lo propusiera, sin premeditación ni alevosía, que dicen en la jerga judicial. Un buen día se presentó en nuestras vidas y ya se quedó ahí para siempre. O tal vez fue al revés: nuestras vidas se cruzaron con la suya y ya no pudo ni supo cómo esquivarnos. Yo creo que más bien fue esto último. Sí, porque bien pensado, los necesitados éramos realmente nosotros, mucho más que ella, aunque las apariencias se esfuercen en demostrar lo contrario.

Estas cosas ocurren, no crean. Hay veces que conoces a una persona y descubres que irradia una luz que te indica e ilumina el camino que precisamente estabas buscando recorrer. Lo más usual es que esto ocurra en singular, es decir, que sea una persona la que

ilumine a otra. Lo inusual hoy en día, inmersos en este individualismo feroz que nos corroe, es que esa persona sirva de guía a un grupo. No ya porque sus destellos no tengan la suficiente intensidad como para guiar a todo un colectivo, sino, más bien, porque es raro encontrar un conjunto de personas que confluyan en la misma senda vital.

Aunque lo verdaderamente raro del caso que quiero contarles fue cuando, guiados por nuestra particular estrella Carlota, ésta desapareció de repente de nuestro firmamento, dejándonos huérfanos de su luz. Y entonces, dubitativos, a tientas, iniciamos su búsqueda. Y ya no supimos si la buscábamos para que volviera a iluminar nuestro camino o si nuestras pesquisas se habían convertido en el camino en sí.

Tengo que reconocer que no he sido nada cortés. He comenzado a contar y a contar sin tan siquiera presentarme y darme a conocer. Que yo sé que las formas son importantes en esta sociedad que nos ha tocado vivir. Así que, sin más preámbulos, pidiendo humildemente perdón, voy a presentarme:

Me llamo Benedicto Cámara y estoy enfermo. Bueno, enfermo lo que se dice enfermo, no. Por lo menos, no a lo que el común de los mortales llama estar enfermo. O eso me parece a mí. O lo que saco en conclusión cuando hablo con otros enfermos que sí lo están y, así, al menos, es aceptado por todos. Digamos que me encuentro mal. O, al revés: que no me encuentro bien. Y por eso voy al médico.

Mi médico se llama Leopoldo Zaragoza Moradas y acudo a él todos los primeros lunes de cada mes. Me suele abrir la puerta de la consulta la señorita Carlota, una especie de asistenta—enfermera—auxiliar—¿amante? Esto último no lo tengo confirmado, pero lo digo porque es parte del rumor que circula por la ciudad, no sólo acerca de la persona del doctor Zaragoza, sino también de otros tres o cuatro colegas de su misma especialidad que últimamente han adoptado para sus consultas los servicios de otras tantas muchachas cubanas que se trajeron de La Habana con motivo de un congreso de medicina que se celebró allí y al que asistieron los susodichos. Pero yo creo que esto no son más que habladurías en lo que respecta al doctor Zaragoza. De sus colegas ya no se puede decir lo mismo, porque a las claras está que han abandonado a sus respectivas y han comenzado una nueva vida en brazos de las mulatas. Y hasta se ha dado la circunstancia de que todos ellos les han puesto una casa en la misma urbanización de la ciudad que, automáticamente, ha sido rebautizada como *El Paseo de la Habana*. Pero el doctor Zaragoza no. El doctor Zaragoza sigue felizmente —eso creo yo— casado. Aunque, cuando el río suena... Yo, desde luego, le alabo el gusto, porque la chica merece la pena. Pero, ya digo, no sé si será cierto o no lo de la mulata de Zaragoza.

Como decía, me suele abrir la puerta la negrita Carlota que, muy amable y con esa sonrisa llena de dientes que tienen los cubanos, me invita a pasar a la sala de espera con su deje carac-

terístico, donde, por regla general, no hay quien me quite los cuarenta y cinco minutos de espera antes de entrar a ver al doctor. Allí me suelo entretener relejendo las mismas revistas atrasadas que hay siempre en una mesita baja central, de metacrilato. Y siempre, también, me pregunto por qué no repondrán más a menudo las dichas revistas, que hay que ver lo mal que sienta regresar al cabo de un mes y encontrarte las mismas de la vez anterior; eso sí, con mucho peor aspecto y con la mitad de las páginas primigenias. Aunque enteras no estuvieron nunca. Porque, cuando surge el milagro de su renovación —una vez cada tres o cuatro meses— y te lanzas sobre el sumario de aquélla que más te interesa y lees que en la página cincuenta y tres hay un reportaje sobre las posturas más exitosas para alcanzar el orgasmo en el coito, y el pulso se te acelera, y la mente entra en una zozobra repentina, y pasas las páginas a toda velocidad, y ¡de pronto llegas a la cincuenta y siete sin encontrar lo que buscabas!, te sientes engañado, ultrajado en lo más profundo de tu ser y, decepcionado, descubres que las páginas que faltan han sido impunemente arrancadas de cuajo. Y claro, ¿quién ha sido? Alguna vez los pacientes hemos hecho nuestras conjeturas: que si hay que ver cómo es la gente, que si ya no se respeta nada, que qué falta de educación, que si les gusta el reportaje, pues que se compren la revista... Pero a mí me da el pálpito de que es el mismo doctor Zaragoza quien ordena a su mulata cercenar la libertad de lectura de sus pacientes, en un indigno acto de

puritanismo al más rancio y viejo estilo. Él, que ya no me cabe la menor duda de que se entiende con Carlota. Y lo malo es que no comprendo qué busca con esa censura infantil. En fin, los tortuosos recovecos de la mente humana, que son inescrutables.

Los días cercanos al milagro de la renovación del revistero, y por tanto aciagos, prefiero no mancharme las manos con restos de papel mutilado y releído; entretengo la espera mirando y leyendo los cuadros de la sala: títulos, diplomas de cursillos, asistencia a congresos... que el doctor debe coleccionar, dada la profusión de ellos. ¿O lo hará para impresionarnos a los pacientes? Pues conmigo va listo, porque aparte de los títulos, de los otros tiene un montón un hijo mío que es dentista y siempre me dice que los dan como rosquillas, que no hace falta ni asistir, que sólo hay que pagar la matrícula y eso ya te da derecho a que te expidan el titulito.

Esos días la espera me resulta más tediosa que de costumbre. Y es que odio esperar. Incluso Carlota parece tardar más que de costumbre en abrirme la puerta. Y allí, sintiéndome observado a través de la mirilla por los ojos vivarachos de la cubana, mi vista se posa sobre la placa que el doctor también tiene en la misma puerta de su consulta y mi imaginación comienza a cavilar acerca de las dichas placas de los médicos. Le tengo que consultar al doctor lo de mi imaginación. Yo no sé si es porque ahora no me encuentro bien o por qué, pero la verdad es que de cualquier cosa

mi cabeza hace un mundo. ¿No será esto consecuencia de mi enfermedad? No sé, no sé.

Lo cierto es que hay que ver lo difícil que es olvidar el nombre de un doctor al que se ha visitado en repetidas ocasiones durante un cierto tiempo. En otras profesiones quizá no ocurra —¿o ya sí?—, pero en medicina —sobre todo en la medicina privada— se cuidan mucho de que el nombre del titular aparezca por todas partes, como queriendo que nuestra mente retenga el dato para asegurar que nos acordaremos de él la próxima vez que necesitemos de su especialidad; o simplemente para que esparzamos su buen hacer usando la cotidiana práctica del boca a boca por entre nuestros conocidos. Aunque esto último puede tener un resultado contraproducente cuando los servicios prestados no sean de nuestro agrado: ellos sabrán.

Insistiendo, ¿cómo olvidar el nombre de marras si te lo encuentras en la fachada, en la puerta de la consulta, en los múltiples cuadros de la sala de espera y hasta bordado en el bolsillo superior izquierdo de la bata del médico? Decididamente, la estrategia —a estas alturas ya no tengo dudas de que se trata de eso— está perfectamente planeada.

Si además, como es mi caso, el especialista visitado ejerce su profesión en esa área de la medicina que trata de paliar los síntomas —y a veces las causas— de esas malditas enfermedades que se empeñan en trazar una sutil línea divisoria entre el mundo de los cuerdos y el de los que no lo están tanto, el nombre del

doctor que te trata ya no es que uno lo recuerde con claridad meridiana, es que casi literalmente se convierte en la luz que, a falta de otras, guía tus pasos hacia la anhelada senda de la curación.

Y esa es otra: muchas veces ocurre que, dependiendo de la gravedad de nuestro caso —o, más bien, del nivel de degradación en que nos hayan visto caer los demás—, ni tan siquiera la firma del prestigioso galeno dándonos el alta puede asegurarnos pasar al otro lado de la línea, pues ese pasaporte, aparte de él, lo firman los demás, y cuán difícil es poner de acuerdo a tanta gente.

Pero ya me ha vuelto a suceder. Me había prometido a mí mismo evitar los eufemismos, los circunloquios y demás tropos que impiden expresar las cosas con la mayor claridad posible, y, de nuevo, me veo vagando en la etérea palabrería. Yo simplemente quería presentarme y decir que visito con cierta frecuencia al psiquiatra. Eso era todo. Pero siempre me da cosa, como vergüenza, decirlo directamente desde el principio y por eso me enredo en disquisiciones que no suelen venir al caso.

Hoy ha sido lo de las placas y los nombres de los médicos, y otro día será otra cosa con tal de circunvalar el centro de la cuestión: sí, visito al psiquiatra. Hace ya un año que lo hago y no debería darme esa cosa que nos da —no es a mí solamente— cuando tenemos que decirlo. Si ya lo saben mis amigos, mis hijos, hasta mi suegra... Pero claro, no es lo mismo que lo sepan los que ya lo saben que tener que decírselo a alguien más. Al fin y al

cabo, cuanta más gente lo sepa, a más gente tengo que poner luego de acuerdo para que me firmen ese ficticio pasaporte que me franquee el paso hacia el territorio de los cuerdos.

Me va regular con el doctor Zaragoza. Sus pastillas no acaban ni de sentarme bien ni de corregir este rumbo equivocado en el que se empeña en continuar mi vida siguiendo las instrucciones de algún recóndito rincón de mi mente que mi voluntad no controla. Si sigo viniendo a su consulta es por pura conveniencia. Porque, desde un principio, al verme tan deprimido, me extendió sin preámbulos la baja laboral que yo tanto ansiaba para evitar reingresar en el trabajo que había abandonado hacía... ¿dieciocho?, ¿diecinueve años? Hay que ver cómo pasa el tiempo. No ya el inmediato, esos días que van transcurriendo sin prisa pero sin pausa y del que, aunque sufras, sí percibes su consumición, sus cenizas, como débiles hojas de papel devoradas por el fuego. Hablo del otro tiempo. Del intemporal, del lejano, del devenir del que se compone tu vida aunque no seas consciente de ello. ¡Zas! Echas un vistazo hacia atrás y ya han pasado quince o veinte años como si nada. Y tú sin enterarte. Porque de mayores el tiempo lo sentimos como tiempo, que es lo malo. De pequeños, no; de pequeños lo sentimos como un espacio, un espacio que se va llenando de vivencias, de situaciones, de recuerdos. Por eso los niños no sufren con el paso del tiempo. Pero los mayores, sí. Los mayores lo sufrimos. Y mucho. ¿Cuándo se dará el momento en que cambiamos nuestra percepción del paso del tiempo? Tal vez

sea imposible saberlo y ocurra una mañana gris de un día cualquiera de noviembre sin que nadie se dé cuenta de ello, ni siquiera nosotros mismos.

Durante todos estos últimos años me he dedicado a la política. No a la política con mayúsculas, ésa de campañas, estrado, mítines y elecciones, sino a la otra de despacho y concreción. A la de intentar aterrizar y poner en práctica en la esfera de la administración las ideas del partido, siguiendo las indicaciones de los de arriba, de los ideólogos, de los que se dedican a pensar, de los Platones de turno, misoginia incluida. Y no sabría decir si he sido feliz o no. Al principio imagino que sí: esa felicidad desbordante procedente del entusiasmo con que se acometen los nuevos retos. Una felicidad a raudales, pero traicionera, porque puede durar lo que tarda en aparecer el primer contratiempo o la primera desilusión, seguida de la segunda, de la tercera y, así, hasta llegar a la penúltima, porque última —como en las copas— nunca se dice. Pasada esa primera etapa, tu vida y tu trabajo se convierten en una rutina angustiosa, y por más que intentes engalanarlos a los ojos de los demás, ante los tuyos, tu espejo vital te los devuelve mustios y alicaídos. Es la etapa del borreguismo, de la docilidad manifiesta. Como decía mi abuelo, es como si nos pusieran unas anteojeras, como a los burros, y no supiésemos mirar hacia los lados para percatarnos de lo que nos rodea, que es lo que de verdad importa. Sólo miramos de frente, o peor, hacia abajo, al dictado de la sinrazón en que se han

convertido nuestros días. Sólo miramos nuestro momentáneo objetivo, sin pararnos a pensar, sin razonar, sin una triste reflexión, sin un análisis más global del mundo, que, aunque esté mal, bien se merece un vistazo y es, además, uno de los pocos gestos inteligentes que diferencian a unas personas de otras y a éstas de los animales. No escuchamos a los demás; o, por lo menos, sólo escuchamos lo que nos interesa escuchar, como si nuestra mente derivase directamente las palabras que no nos convienen a la papelera de reciclaje de nuestro cerebro, donde, tras unos segundos de esperanza ante su posible restauración, desaparecen en el profundo silencio del olvido. Y seguimos trabajando para la causa.

Pero llega un día en que alguien —no tiene por qué ser una persona concreta, sino una suma de muchos alguien o de distintas circunstancias— nos viene a quitar nuestras anteojeras y comenzamos a mover la cabeza hacia los lados, que es un síntoma de que miramos hacia ellos. A los pocos que nos suele ocurrir esto encontramos *ipso facto* nuestra perdición. Digo que somos pocos no porque seamos mejores que los demás ni porque pertenezcamos a una minoría de elegidos; todo lo contrario, somos pocos porque somos los más débiles, al menos psíquicamente. Nuestra mente es débil, aunque nos hayamos esforzado denodadamente a diario en aparentar lo contrario. Por eso, porque somos débiles, puede venir ese alguien —singular o colectivo, persona o hecho—, arrebatarte de un tirón tus anteojeras y hacértelas trizas

en un santiamén, inutilizándotelas para los restos. A los fuertes no les ocurre: o no se dejan, o las tienen mejor colocadas, o sus anteojeras están hechas de un material mucho más resistente que las de los débiles, que cualquier cosa es posible.

Y decía que, entonces, estás perdido porque comienzas a pensar por cuenta propia, que es lo contrario de pensar por cuenta ajena, que es a lo que te habías dedicado hasta ese momento. Y te has caído con todo el equipo. Porque los que trabajan —pensar es un trabajo, aunque a algunos les cueste *ídem* entenderlo— por cuenta propia son autónomos y aquí está el problema: hasta ahora trabajabas por cuenta ajena y te pagaba el patrón, el dueño del negocio; pero ahora que eres autónomo, te las tienes que valer tú solito para eso de acarrear el jornal. ¿O qué creías, que lo de pensar de forma autónoma no iba a tener sus riesgos?

¡Vaya si los tiene! Porque, de pronto, te encuentras pensando que «La política es el arte de llevar siempre la razón, pero siempre también a costa de la de los demás» —hostias con la frase— y ya no tienes solución, sobre todo si se te escapa delante de uno de las anteojeras inquebrantables, que seguro que, a pesar de ellas, sí que tiene bien configurada su mente para restaurar de su particular papelera de reciclaje la frasecita de marras. Y bien que sabe dónde restaurarla. Y tú entras en declive, por débil, por imbécil y por dejarte quitar las anteojeras.

A partir de ahí —no tiene por qué ser una frase célebre, ni ocurrente; con un simple comentario a contracorriente vale— ya

no eres el mismo. O, por lo menos, tú no te sientes igual. Antes eras un eslabón debidamente engrasado del perfecto engranaje de la administración a la que pertenecías. Ahora no; ahora notas que has perdido grasa, que chirrías cuando el rodillo pasa por tu puesto. Y el chirrido te delata.

Esos mismos estridentes chirridos —llega un momento en que se multiplican y ya no sabes si son propios o extraños— son los que, poco a poco, se van alojando en tu cabeza hasta no poderlos aguantar. Tu irascibilidad crece en la misma proporción en que lo hace tu desconfianza. Desconfianza hacia todo y hacia todos. Un océano de desconfianza plagado de monstruos que te acechan para devorarte a la menor oportunidad, como en la peor de las pesadillas.

Pero el verdadero inicio de tu decadencia sobreviene un día en que alguien encuentra entre tus papeles unos sencillos versos que no sabe cómo debe interpretar y tiene la lúcida idea de dárselos a conocer a quien se presupone —pero sólo eso— que está capacitado para ello; no por nada, sólo por si pudieran ser considerados como subversivos, o sospechosos, o indicios de algo raro, dado que han sido encontrados nada más y nada menos que entre unos asientos de contabilidad y precisamente su contenido no está exento de matices y alusiones a ese dinero que tan celosa y escrupulosamente tiene a bien salvaguardar el chivato de turno.

Y, claro, no es lo mismo lo que van diciendo por ahí de uno —ese rumor incandescente que a veces se inflama y otras se

enfriía con el paso del tiempo—, que tener una prueba escrita de lo que ese uno piensa. Lo escrito es lo escrito: ahí no hay trampa ni cartón. De eso ya no puedes defenderte queriendo decir digo donde dijiste Diego.

En mi caso fue un poema de Mario Benedetti titulado «Decir que no»<sup>1</sup> que encontré casualmente en Internet un día que, ocioso, navegaba por la red.

Pues no sé qué vieron en la dichosa poesía —maldita sea la hora en que la imprimí y la olvidé entre mis papeles—, que, a partir de su descubrimiento, sentí que se clavaban en mí las más insidiosas de las miradas. Y lo peor fue cuando me apartaron de ciertas responsabilidades relacionadas directamente con la cuestión económica. Al principio no sabía a qué se debía, pero luego me lo contaron todo. Siempre hay algún alma caritativa que se apiada de ti en los momentos malos, aunque sólo sea para consolarte, que ya es bastante. Yo no salía de mi asombro: desconfiaban de mí; ya no era bien visto ante los ojos de quien hay que ser bien visto, que nunca se sabe quién es, pero casi se adivina. Y como sabía que ya nada podía hacer, que, entre unas cosas y otras, había caído en desgracia, decidí contraatacar, esgrimiendo la vieja teoría de que la mejor defensa es un buen ataque. Así que deslicé en los lugares oportunos varias copias de otro poema, esta vez escrito de mi puño y letra y con mi firma, que intentaba reinterpretar el famoso poema de Benedetti, causa de mis desdichas:

---

<sup>1</sup> Transcrito al final del libro.

Soneto atípico en asonante con estrambote impropio reinterpretando un poema de Mario Benedetti:

*Confirmo: decir no es muy complicado.*

*Sobre todo si uno ve a los peores  
horadándolo todo, profanando  
sueños, ideales, justicia y honores.*

*Difícil dejar el puño cerrado  
si sigues viendo cómo los doblones  
corren libremente de mano en mano  
sin que a nadie le salgan los colores.*

*Yo dije sí y fue bastante fácil  
comprobar el frío que los rodea.  
No me agradó aquella impresión táctil.*

*Cerré el puño como quien pestañea,  
como queriendo apartar de mí un cáliz  
que en los labios, dulcemente, hiel te deja.*

*Abro y cierro, cierro y abro bien mis manos:  
tengo mis resortes bien engrasados.*

Mis superiores me dijeron de todo: que quién me creía yo que era; que mira el mosquito muerta por dónde había salido; que si era un simple maniqueísta; que quiénes eran esos malos a los que

me refería; que si tenía cojones, que dijera lo que fuese a la cara, pero que no me anduviese con acertijos de parvulario y un largo etcétera al que me negué a entrar al trapo.

Y ello fue mi sentencia de muerte. Lo reconozco: a veces —muchas, diría yo— nos equivocamos irremediablemente y, aunque te estés dando cuenta de que te estás equivocando, un impulso irrefrenable te impide parar. Tu cuerpo necesita seguir equivocándose para intentar demostrar a los otros, al mundo, que los que se equivocan son ellos. Pobre iluso. Llegado un punto, y más en los tiempos que corren, a quién le importa que tú tengas o no la razón. Eso ya es lo de menos, porque tú has caído en la más absoluta indiferencia. Montones de dedos fiscales te acusan. Veredicto: culpable. Aunque, bien pensado, ¿para qué hacer un juicio al que ya ha sido juzgado por la sabiduría de la opinión pública? Y yo que creo que la culpa de todo la tienen las dichas anteojeras. En qué mala hora me las dejé arrebatar, con la seguridad que me proporcionaban.

La salud mental, ante tal maremagno, se resiente, como es mi caso, y entonces no te queda otro remedio que acudir al psiquiatra, como también es mi caso. Y ya la has terminado de fastidiar. Porque declarar que acudes a la consulta de un psiquiatra es la excusa perfecta para que prescindan de tus servicios el partido, la causa, la idea, la lucha o como demonios quieran decorar lo que no es más que una gran... —busquen ustedes mismos el término que les parezca más adecuado—; necesaria, eso sí, pero lo cortés

no quita lo valiente: porque, una vez que se traspasa esa delgada línea, ya no hay marcha atrás y cualquier excusa es buena para mandarte a paseo. No hay medias tintas. O estás con ellos o contra ellos.

La política es la política, como decía el otro del fútbol. No existe mejor definición. Y aquí es cuando no sé por qué siempre me viene a la memoria aquella frase aislada, sin sentido casi para mí, que aparecía en un libro con el que aprendí mecanografía de pequeño y que había que repetir unas cinco o seis veces para demostrar tu pericia al teclado: «Exhíbense politiquillos zafios, con orejas kilométricas y uñas de gavián». Yo imaginaba que la frase, que, por cierto, se las traía, la habían puesto a propósito para practicar con letras de las diferentes filas del teclado de mi fantástica máquina de escribir, regalo de Reyes, —una Olivetti Lettera 25 que todavía conservo en casa—, porque si no, no se explicaba. Y, en mi limbo infantil, me imaginaba a aquellos politiquillos a los que se hacía alusión como unos seres extravagantes, con unas orejotas que les arrastraban por los suelos y unas manos secas como sarmientos al final de cuyos dedos se adivinaban unas descomunales garras. Hoy ya sé que la frasecita significa otra cosa; a pesar de ello, los seres que ahora evoca mi mente cuando la recuerdo siguen siendo extravagantes, aunque, por supuesto, en otro sentido.

No obstante, justo el día en que no me despedí de nadie para irme porque me echaban, les dejé a mis ya ex compañeros otro

regalito en forma de poesía —¡yo y mis poemas!—, que fui repartiéndolo mesa por mesa, despacho por despacho, con la mirada altiva y el rostro impertérrito ante las atónitas caras de algunos y los comentarios hirientes de otros, algunos en voz alta, que iba dejando a mis espaldas.

Esta tercera poesía no me atrevo a transcribirla aquí<sup>2</sup>. Más que nada, por miedo a posibles represalias, que ya se sabe cómo está el paño hoy en día en esto de la política... Eso sí, en privado puedo mostrársela a quien esté interesado.

Así que ya saben por qué visito al doctor Zaragoza: sufro depresión política, así como vital. No en vano, mi vida y la política han flirteado durante todos los años que decía antes hechas un brazo de mar.

Hay muchos de entre mis conocidos —familiares incluidos— que no entienden qué me ha ocurrido. No entienden por qué he caído *en desgracia*, como ya abiertamente comentan hasta delante de mí, sin reparar en el daño moral que me hace la expresión. Si yo era uno de los de arriba, de los queridos, de los de confianza... No lo entienden. Yo les intento explicar que ha sido por pensar, por pensar diferente, les puntualizo, y ellos se sonríen, no sé si incrédulos o por ocultar lo que de verdad piensan de mí: que estoy loco. No acaban de entender que pensar diferente es peligroso para la salud. Es como un veneno dosificado. Tomado aislado un día cualquiera no hace daño, ni lo nota el cuerpo; pero su ingesta

---

<sup>2</sup> Transcrita al final del libro.

continuada durante una larga temporada mata. Vaya que si mata. ¡Que me lo digan a mí! Si no es por la magnánima baja que me extendió el doctor Zaragoza, me muero. Me muero del susto, más que de la depresión. Porque a ver quién era el guapo que después de tantos años de despachos, moquetas, diligentes secretarias y demás comodidades burocráticas volvía a dar clases nada más y nada menos que en un instituto de Enseñanza Secundaria situado en una zona marginal de la ciudad donde resido. He estado ciego hasta para eso. Creyendo tener mi puesto político asegurado de forma vitalicia no me he preocupado de mejorar el único puesto que en realidad he tenido siempre seguro: mi destino como profesor de Lengua Española y Literatura logrado limpiamente por oposición cuando fui joven, que alguna vez lo tuve que ser, aunque ahora mi memoria se ofusque en no recordarlo. Y digo lo de limpiamente con orgullo. Porque nunca he aceptado *enchufes* ni ayudas externas. Pero ya me contarán qué papelón: un político defenestrado y depresivo dando clases de Lengua Española y Literatura en un arrabal. Hubiese sido el hazmerreír y la comidilla del claustro, de los alumnos y de los padres de los alumnos, que bastante mala leche tienen cuando se trata de cebarse y hacer leña del árbol caído.

Aunque, bien pensado, mi depresión no se debe únicamente al hecho de volver a pisar la cruda realidad con el rabo entre las piernas, mezclarme con la gente corriente y saborear el amargo sabor del trabajo de a pie de obra, que, ahora entiendo, es por lo

que nadie dimite de sus puestos por muy mal que lo hagan o por muchas veces que los pillen en un renuncio. No, mi depresión también se debe a una desazón personal y social profunda, a la constatación definitiva de que he estado perdiendo el tiempo durante todos estos últimos años, dándolo todo por un engaño manifiesto, por unas ideas que lo único que pretenden nada más salir de la cabeza de quien las concibe es su perpetuidad en el poder. Y la comprobación irrefutable de que el mundo no puede mejorar porque sencillamente no le interesa que mejore a quienes tienen en sus manos la posibilidad de hacerlo —¿o no nos interesa en realidad a nadie?— Y claro, el sentido de tu vida zozobra como un barco a la deriva en mitad de una enorme tormenta. Así, no es de extrañar que, perdidos compás, brújula, carta de navegación y demás elementos náuticos, el capitán pierda también el control y el rumbo, fracasando en el intento de llevar su nave a buen puerto.

En la consulta del doctor Zaragoza, mejor dicho, en la sala de espera de la consulta del doctor Zaragoza, solemos coincidir algunos clientes fijos. Y digo bien: clientes, que no pacientes, como se me deslizó en un principio. Porque, a estas alturas de la película, me considero mucho más cercano a lo primero que a lo segundo. Y ustedes deben entender bien por qué. Aunque pacientes sí que somos. Y mucho. Pero en el otro sentido. En el sentido de la paciencia que debemos desarrollar para soportar estoicamente las largas horas de espera con las que nos suele agasajar el doctor. A lo mejor es una terapia de esas nuevas, sí, de

las que aparecen luego en las revistas de investigación científica y, de pronto, un buen día, tras el milagro de la renovación trimestral de las lecturas, nos encontramos un maravilloso artículo firmado por nuestro propio doctor en el que expone los buenos resultados que ejerce el desarrollo de la paciencia en la curación de determinadas patologías psiquiátricas. Aunque, bien pensado, de original no va a tener mucho, pues basta darse una vuelta por las consultas de sus colegas para comprobar que los demás también están con la misma investigación en marcha. ¡Qué lata lo de esperar! Menos mal que entre tanta espera, como los clientes ya nos conocemos y solemos acudir más o menos el mismo grupo los mismos días del mes, ha surgido entre nosotros una cierta confianza y nos echamos nuestras buenas parrafadas con las revistas deterioradas que cada cual nos hemos precipitado, nada más entrar, a coger de la mesa de metacrilato, entre las manos, sin abrir siquiera. Y esa es buena señal. Es el indicio de una buena tertulia entre viejos conocidos. Porque cuando te cambian por cualquier motivo el día de la consulta y tienes que conocer gente nueva ya no es igual. Te sientes incómodo, molesto. Los otros te escrutan con la mirada, como queriéndote sonsacar la tara que padeces y que te ha llevado hasta allí. Y tú te resistes, diciéndoles abiertamente con los ojos —que esquivan sus requerimientos— que tú perteneces a otro círculo y que ya te has desnudado ante los tuyos, que no te pidan que pases otra vez por el mal trago de tener que contarles a ellos también tus intimidades. Por eso odio que me

telefonee Carlota con su español caribeño comunicándome el cambio de una cita. Y mira que me gustan su musicalidad y su tempo, con esa parsimonia antiestrés con la que habla. Si es que yo digo que, a los que padecen de ansiedad, yo les aconsejaba unas charlas con Carlota antes que tragarse las pastillas que les receta su jefe. Pero es que como sé que me llama para lo que me llama, pues no lo puedo evitar: me pongo de mal humor. Así que, para vengarme de ella, aunque sé que no tiene la culpa —alguna tendrá— le pongo cuando llego a la consulta la peor de las caras que sé poner. Y cuando entra cada media o tres cuartos de hora en la sala de espera a llamar a un nuevo cliente para hacerlo pasar a la consulta del doctor, le clavo directa y lascivamente mis ojos en su generoso escote y en su ceñida minifalda —bajo la cual sus nalgas y muslos pugnan con denuedo por zafarse del tejido que los constriñe—, en un intento de incomodarla, de humillarla, de hacer que se sienta mal, devolviéndole así la tortura que me impone por lo del cambio del día de la consulta. Pero nada, no se da por aludida. Yo creo que hasta le gusta, y me lo demuestra regalándome una sonrisa más amplia de lo normal. Si no fuera por lo que es, no me importaría tirarle los tejos a Carlota. Pero mi maldita libido se empeña en no levantar cabeza desde que entré en declive. Y ya podría Carlota elegirme para experimentar conmigo, ligera de ropa, las más exóticas posturas del *Kamasutra*, que yo y mis circunstancias no lograríamos estar a la altura de las mismas.

Lo que sí sé que me viene bien, porque lo noto en mi cuerpo y en mi alma, son esas charlas que decía antes con mis habituales compañeros de fatiga en la sala de espera todos los primeros lunes de cada mes, a excepción de los que recibo llamada de la cubana. Porque esto mío, cada día estoy más convencido de ello, es una enfermedad del alma y, por ello, más difícil de diagnosticar, de curar, de aconsejar y, sobre todo, de sobrellevar. Por eso, ¡qué demonios de pastillas van a conseguir curarme! Las pastillas son compuestos químicos que, como tales, están pensados para interactuar con alguna parte del cuerpo —pura química también— con la finalidad de restaurar sus desperfectos. Pero si mi enfermedad la padece el alma, no el cuerpo, ¿cómo va a interactuar una píldora —ente material concreto, por más que nuestro estómago y nuestros intestinos la descompongan en sus más simples principios elementales— con una entidad abstracta como es el alma? Yo digo que no, que estas malditas pastillas no me curan. Y así se lo he hecho saber al doctor Zaragoza, que se sonríe, pero me las sigue recetando.

Me vienen mejor, ya digo, las charlas con mis compañeros de padecimientos similares, aunque todos ellos bien distintos, que la química de Zaragoza. Y, ahora que lo pienso bien, ¿no será el hecho de citarnos a muchos a la misma hora, para que tengamos forzosamente que convivir durante un buen rato de conversación obligada, otro de los experimentos psiquiátricos del doctor como método terapéutico? Pues yo no me corto un pelo. Un día de éstos

se lo hago saber, que para eso pago. Dicen que el cliente siempre tiene la razón. ¿O no se lo digo? ¿Y si son ciertas mis sospechas? A lo mejor el doctor, al saber que sus clientes conocemos que nos usa como conejillos de indias para sus investigaciones científicas, corta éstas de raíz. Porque claro, una investigación que basa su éxito en el desconocimiento que las personas sobre las que se está experimentando tienen de ella está avocada al fracaso si éstas conocen de qué va el juego. Así que mejor no le digo al doctor que sé que nos utiliza para sus experimentos, no vaya a ser que deje de citarnos multitudinaria y simultáneamente y me chafe una de las pocas ilusiones que todavía conservo: escuchar, consolar, aconsejar, asentir, negar, reír, llorar y mil cosas más que solemos hacer mis contertulios y yo a este lado de la línea, protegidos por el amparo y la seguridad que nos ofrece la comfortable sala de espera de nuestro psiquiatra todos los primeros lunes de cada mes.

Pero yo no me sustraigo de deciros la verdad, aunque penséis de mí lo peor que se os ocurra: hace tiempo que dejé de tomar las pastillas que me receta el doctor. Acudo a su consulta sólo por el asunto de mi baja laboral. Si estoy un poco mejor, aparte de por las tertulias mensuales —mal de muchos, consuelo de tontos—, es porque hace ya unos cuantos meses que visito a un curandero portugués que me ha cogido el punto, clínica o curativamente hablando, se entiende. Me reza un galimatías que no logro entender —tanto por las palabras que dice, en portugués, por supuesto, como porque lo hace en susurros— mientras me coge

suavemente ambas manos. Luego me manda tomar unas hierbas medicinales que él mismo me vende —ahí supongo que estriba su negocio—, que me sientan de maravilla. Y ya estoy mucho mejor en comparación a como he estado estos meses atrás. Yo lo recomiendo, desde luego. No sé si son las hierbas, los rezos o si es la fe que mi suegra tiene en él —también a ella la ha tratado—, la cual me la ha transferido a mí y que fue lo que hizo que me decidiera a visitarlo, porque yo, en un principio, no creía en estas cosas. Pero ya sí, ya sí creo: creo más en que los trastornos de la mente se curan con la mente y con el alma —la fe es una cuestión de ambas—, que en su curación a través de pastillas. Los rezos y las hierbas medicinales, supongo que algo también ayudarán.

Lo que sí me ha hecho recaer un poco en mi depresión es no encontrar a Carlota en la consulta la última vez que he visitado al doctor Zaragoza. A ustedes les parecerá una tontería, pero a los que andamos con la psique maltrecha, la desaparición de cualquier estímulo positivo en nuestras vidas nos sume en una tristeza infinita y solemos sufrir fuertes recaídas debido a ello. Y lo más desconcertante ha sido la respuesta que el doctor me ha dado cuando le he preguntado por ella:

—Carlota ya no trabaja aquí —me ha dicho secamente.

Y me ha dejado planchado.